

JORNADA QUINTA

(Junio.)

ESCENA PRIMERA

Kermesse ó Feria benéfica en los Jardines del Retiro. En el curso del diálogo se indican las muchas personas que actúan en esta escena.—Diferentes grupos se apartan del lugar de la rifa y venta para pasear con sosiego, ó entablar conversaciones particulares.

A MARQUESA DE ARMADA, que pasea sola con
Clementina en alameda excéntrica

Me alegro de que nos hayan dejado solas.
Así podré decirte...

CLEMENTINA, inquieta.

Qué, Dolores?

LA DE ARMADA

Pues... yo siento compasión de esa Casandra. Nuestras creencias nos mandan compadecer á los criminales... Usted y yo, almas buenas y sin hiel, deseamos que la pena impuesta al criminal no sea muy dura.

CLEMENTINA

Seguramente. ¿Por qué lo dice usted?

LA DE ARMADA

Hija, entre la pena rigurosa y la excesivamente benigna, hay un justo medio...

CLEMENTINA

Un medio razonable, que es la verdadera justicia.

LA DE ARMADA

A eso voy. Quería preguntar á usted si se ha enterado de las voces escandalosas que corren por ahí.

CLEMENTINA

Sí... que Casandra saldrá absuelta libremente. Cuénteselo usted á su sobrinito, Guillermo Ríos, que por romanticismo forense, ó por afán de celebridad, ha lanzado á la opinión esos disparates, como se arrojan en Carnaval los puñados de *confetti*.

LA DE ARMADA

Aparte de las extravagancias de mi sobrino, hay en esto algo que merece censura. ¿Ha oído usted que ciertos herederos de doña Juana encargan misas aplicadas á la absolución de Casandra?

CLEMENTINA

Eso cuentan de Samaniego, el de la calle de Toledo. Pues los Villasantes ponen velas á San Antonio con el mismo piadoso fin. Lo sé.

Aberraciones son éstas del sentimiento público en las clases inferiores. ¿Y quién pone remedio á esto, querida Dolores?

LA DE ARMADA

Ustedes, Clementina; usted y Alfonso, que desde su alta posición deben procurar que en este caso no se extravíe ni se encanalle la justicia... ¿No cree usted que la absolución de Casandra sería un desdoro para la familia... (Cenada y triste, afirma Clementina con un gesto) y que la opinión no dejaría de arrojar sobre usted un puñadito de lodo...?

CLEMENTINA

Ya lo arroja... antes que el caso llegue... Alfonso y yo... esto de usted para mí, Dolores... hemos hablado al Fiscal, abordando resueltamente la cuestión... No nos gustaría un fallo demasiado cruel; pero un fallo de absoluta benignidad nos parecería monstruoso.

LA DE ARMADA

Muy bien, Clementina... El justo medio. (Andando, se ven ante dos señoras amigas. Es la primera madura, hermosota, de cabellos blancos; la segunda es la Marquesa de Yébenes, vieja elegante y tiesa, figura enteramente gótica, como arrancada de una tabla medioeval.)

LA DE YÉBENES, á Clementina

¿No va usted á presenciar los éxitos de sus hijas? María Juana, ¡qué ángel! ha hecho ventas prodigiosas.

SEÑORA DE CABELLOS BLANCOS

¿Crearás que Pepito Ruy Díaz ha dado quinientas pesetas por un cigarro de una sesenta?

LA DE YÉBENES

Y ciento por una tarjeta postal con figura desvergonzada, en paños menores. ¡Veinte duros! Menos darían por él si se vendiera desnudo... quiero decir, sin título ni riquezas. (Continúan juntas hacia la feria.)

LA NAVALCARAZO, divagando en otro paseo con dos amigas: la primera, joven y bonita, de rostro picaresco; la segunda, de mediana edad, un poquito cargada de espaldas.

Clementina y yo estamos ahora... á media correspondencia. Hemos sido muy amigas... quizás pronto seremos todo lo contrario.

DAMA CARGADITA DE ESPALDAS

¿Te enfadarás si cuento lo que acerca de esto dijeron anoche en casa de la de Yébenes?

LA NAVALCARAZO

¿Cómo he de enfadarme si voy á contarle yo misma?... Parecía cosa resuelta casar á María Juana con mi hijo Felipe... Clementina y Alfonso muy contentos... y yo, ¿á qué negarlo? contentísima. Los chicos... ¿quién no lo sabe? ya se querían antes que á Clementina se le subiera á la cabeza el *latifundio*... Viene de pronto el cambiazo...

DAMA PICARESCA

No tan de pronto. Antes del funeral se dijo que María Juana sería Duquesa de Ruy Díaz... Y bien claro he visto yo con qué zalamería de burgueses endomingados adulaban á la de Cardeña.

LA NAVALCARAZO, afectando discreción.

De eso no quiero hablar... Soy más prudente que ellos

DAMA CARGADITA DE ESPALDAS

María, no debes olvidar que has amargado á Clementina con la monserga de *Lady Macbeth*

LA NAVALCARAZO

Es una broma. No lo he dicho por ofenderla. Yo también, en mis crisis nerviosas, he tenido sueños trágicos... Las cóleras muy hondas, ó el golpe de un desengaño demasiado terrible, resquebrajan el alma, dejando entrar en ella el monstruo del asesinato... aunque sólo sea por breves momentos.

DAMA PICARESCA

Pero hay hechos que no son soñados. El día mismo de la muerte de doña Juana, fué Clementina á casa de Rosaura Vives, donde estuvo también esa Casandra... y hablaron largamente... De allí salió disparada la criminal, y como saeta llegó al palacio de Tobalina.

LA NAVALCARAZO

Coincidencias que nada significan. ¡Libre-me Dios de suponer...! En los pensamientos trágicos de Clementina no he visto nunca más que un fenómeno cerebral... Yo la he sorprendido en estado como de sonambulismo, frotándose una mano...

DAMA CARGADITA DE ESPALDAS

Y diría: "con toda el agua del Océano no me lavaré esta mancha..."

LA NAVALCARAZO

¡Ay, amigas mías! yo les suplico que no repitan esas bromas. Me las atribuirán á mí, que quiero ser la misma prudencia.

DAMA PICARESCA

Seamos prudentes. Pero es un hecho indudable que para ver á Clementina turbada, no hay más que decirle que Casandra será condenada á muerte.

LA NAVALCARAZO

Se pone lívida... se queda sin aliento.

DAMA CARGADITA DE ESPALDAS

Dejemos eso. De todos sus quebrantos se repone Clementina con el ventajoso casamiento de su hija mayor. Me consta que el ajustador del casorio ha sido Cebrián, consejero de la de Cardeña en los asuntos civiles, tan enlazados con los espirituales.

LA NAVALCARAZO

También habrá intervenido Yébenes como fiador... La de Cardeña, entregada al más feroz vaticanismo, no ha podido ceder sin garantías.

DAMA PICARESCA

Por eso los del Castañar han vuelto á poner á las niñas el mismo director espiritual que tuvieron.

LA NAVALCARAZO

El director espiritual es la careta con que da sus más pesadas bromas la hipocresía.

DAMA CARGADITA DE ESPALDAS

Y de Beatriz, ¿qué?... ¿Desechan á Fernando Coello? ¿Gana la partida Ramirito Yébenes?

LA NAVALCARAZO

¿Qué duda tiene? ¡Bueno se pondría el director espiritual si así no fuera! (Mirando á lo lejos.) Allí van juntos el Teniente de Ingenieros y mi Felipe, los dos amantes burlados... ¡pobres ángeles!

DAMA PICARESCA

Y allá van también Zenón Guillarte, Ríos... Afluye la concurrencia. La feria está en su mayor grado de animación... Empieza la gran tómbola... Vamos... venid... (Acuden despacio, para que su presencia sea deseada en la alegre fiesta. Oyense aplausos, bullicio, música.)

ESCENA I

Salón en la casa de los Marqueses del Castañar.

CLEMENTINA, CEBRIAN; poco después DON ALFONSO

CLEMENTINA, inquieta.

En asuntos de esa índole nada puedo contestar á usted. Alfonso no tardará.

CEBRIAN

Yo creí encontrarle en casa.

CLEMENTINA, sintiendo que alguien entra.

Me parece que llega... Sí, él es... Dispéñseme. Voy á decirle que está usted aquí. (Pausa de medio minuto. Vuelve Clementina con su esposo.)

CEBRIAN, después de saludar con las formas de urbanidad más corteses y melifluas.

A tiempo llega usted, Marqués... Y espero tenerle á mi lado en la batalla que estoy riñendo con su ilustre esposa... Tiene usted una mujer que vale un mundo... para el barrido hacia dentro. (Rie.)

ALFONSO, disimulando su alarma.

¿Y qué...?

CLEMENTINA

Dice don Francisco que en el pensamiento de la tía estaba el dar un millón de pesetas...

(Traga saliva) para la fundación de la Universidad y Bibliotecas Católicas... y que habiendo muerto la tía con este santo propósito, estamos moralmente obligados...

ALFONSO, displicente.

Admito, porque usted lo dice, que tal fuera el pensamiento de la señora... Pero téngase en cuenta que ya hemos subvencionado con una gruesa cantidad anual la *Propagación cristiana*, que publica y difunde libros folletos...

CEBRIAN

Esas son otras obligaciones, otros compromisos de conciencia. Ya dije á la Marquesa que no deben ustedes perder ocasión de dar realidad á las ideas de aquella santa señora... ¿Serán tan ciegos que no se consideren y estimen continuadores de la misión de doña Juana en la sociedad española? No me cansaré de repetir y repetir que la idea capital de la excelsa dama y mártir, la idea que inspiraba todos sus actos y resoluciones, era ésta: (Acciona con la mano derecha, marcando cada palabra con un golpe como de martillo.) Por designio de Dios, árbitro y repartidor de toda riqueza, los ricos son los llamados á facilitar los medios de poner diques á la impiedad y á la herejía, ó si se quiere, puntales que contengan y eviten el derrumbamiento de la sociedad, por diferentes partes resquebrajada y sin aplomo. Los ricos lo son para salvaguardia y sostén de los santos principios; lo son para favorecer el apostolado de la verdad. Dios hace á los ricos para que los ricos hagan la política de Dios.

ALFONSO, conteniendo su enojo.

Está muy bien lo que usted dice, señor don Francisco. Mi mujer y yo somos creyentes, y buenas pruebas de nuestra piedad damos cada día. Entiendo que Dios hizo ricos á los ricos para que contribuyan á toda obra cristiana y moral, sin desatender el sostén y educación de sus hijos. Y por último, señor de Cebrián, el donativo que usted nos propone es contrario á nuestras conveniencias, y nos vemos precisados á rechazarlo con todo el respeto que usted nos merece.

CLEMENTINA, asustada de la inflexibilidad del Marqués.

Quiere decir, que lo pensaremos... Tal vez más adelante...

ALFONSO

Ni ahora ni nunca.

CEBRIAN, poniendo cara triste, y amenguando considerablemente la acción martillante del brazo.

Perdone el señor Marqués. He indicado y propuesto el donativo, mirando á la buena fama de esta noble familia, y al papel que le corresponde en el apostolado de los principios salvadores... He cumplido un deber... He pecado tal vez de impertinente, de excesivamente celoso...

CLEMENTINA

No, señor de Cebrián... Usted nos honra diciéndonos cuanto piense, aconsejándonos...

CEBRIÁN, respetuoso y patético.

Honra insigne es para mí la amistad de los que me escuchan... Más de una vez me han pedido consejo y lo he dado lealmente, y está bien reciente la solicitud cariñosa con que he contribuído á facilitar la unión de esta casa ilustre con otra no menos preclara. (Clementina palidece; Alfonso frunce el ceño.)

ALFONSO

Por eso, á pesar de esta discrepancia, seguiremos honrándonos con la amistad de usted.

CEBRIAN, quejumbroso.

En grande estima he tenido siempre á la casa del Castañar... Mi deseo más vivo es que aproveche toda coyuntura para dar pública muestra de su religiosidad, y figurar siempre en la vanguardia del ejército de Cristo.

ALFONSO

No soy hombre de armas, ni estamos ahora en tiempos de las Cruzadas.

CEBRIAN

Mi opinión, salvo el respeto á la suya, señor Marqués, es que vivimos en tiempos peores y de mayor peligro para la fe.

ALFONSO

Yo pienso de otro modo. (Cebrián se levanta.)

CLEMENTINA

He oído lo que tenía que oír, y debo retirarme. (Levántase también Alfonso. Despedida un tanto embarazosa.)

ALFONSO, apretándole la mano.

Siempre á sus órdenes.

CEBRIÁN, con acento dulzón.

Repito... A las niñas mil afectos. (Acompañado hasta la puerta por el Marqués, sale con paso ceremonioso)

ESCENA III

ALFONSO, CLEMENTINA, en el despacho.

ALFONSO

Es la serpiente boa que se enrosca, aprieta y acabará por triturarnos.

CLEMENTINA, sobresaltada.

Sí... pero no podemos indisponernos, Alfonso mío...

ALFONSO

Hay que emigrar... Emigraremos á los Estados Unidos ó á una isla desierta... á la suma civilización ó al sumo salvajismo.

CLEMENTINA

Ten calma. No debemos ser demasiado inflexibles...

ALFONSO

¿No te autoricé para contribuir á todos los cultos solemnes de nuestra parroquia, y de dos iglesias adyacentes?

CLEMENTINA

No es bastante.

ALFONSO

¿No he prometido restaurar por mi cuenta el beaterio de Santa Ursula y levantar de nueva planta el santuario de la Loma?... ¡A este paso...! Y sobre tanta socalifia, salen ahora con la sangría que quiere administrarnos ese maldito Cebrián. (Asaltado de una sospecha.) Ven aquí... dime una cosa. (Pone sus manos en los hombros de ella; la mira fijamente.) Clementina: eso que me pide Cebrián, ¿lo has prometido tú?

CLEMENTINA, cohibida, medrosa.

Te diré... Como prometer, no... No podía prometer nada sin contar contigo.

ALFONSO, severo.

Habla claro; dime la verdad.

CLEMENTINA, balbuciente.

Me he visto asediada... amenazada... Antes que á mi razón han hablado á mi conciencia... No puedo ocultarte que he sentido un pavor muy hondo... Yo creo en el Cielo y en el Infierno... Quien cree, teme... y más temeroso es quien no está libre de pecado.

ALFONSO, apartando de ella sus manos.

¡Ay, Dios mío! ya estamos otra vez donde estábamos. Ya revive ó resucita doña Juana. Antes nos entregábamos por adulación y esperanza... ahora por miedo.

CLEMENTINA

No podemos desconocer que los ricos, por el hecho de serlo, están obligados á vigorizar las creencias, que sirven de... de... (Turbada, no encuentra la frase propia) que son la base... el núcleo de la sociedad.

ALFONSO, con dureza.

En suma, que has prometido.

CLEMENTINA, trémula.

He prometido influir contigo para que...

ALFONSO, estallando en cólera.

¡Desgraciada! Nunca pensé que me vería precisado á defender el porvenir de nuestros hijos contra tí, contra tus debilidades, flojeras y estúpidos terrores.

CLEMENTINA, lastimada, rompe á llorar; cae en un sillón.

¡Oh... Alfonso, qué cosas me dices!... ¡Pensar que yo...!

ALFONSO

Es indispensable que de una vez hablemos todo lo que en tí y en mí está por decir referente á este asunto y á otros semejantes... (Clementina solloza.) Déjate ahora de lloriqueos y res-

póndeme con toda claridad á lo que voy á preguntarte... Vale más que sepa yo las cosas por tí, que oírlas y conocerlas por conductos extraños... Escúchame: ayer me dijo un amigo de Insúa que la Duquesa de Cardena se propone fundar no sé qué institución religiosa, con carácter penitencial y educativo. Habrá un establecimiento central en Madrid, y diez sufragáneos en provincias. Se llamará *La Mayor Gloria*... Para instalar esta inmensa máquina, nada más que para infundirle los primeros movimientos, se necesitan cuatro millones de pesetas. Habéis acordado la Duquesa y tú que ella pondrá la mitad, dos millones; tú la otra mitad. Tan absurdo me pareció esto cuando me lo contaron, que solté la risa... Ya no me río... ya tiemblo... y temblando, te ruego, Clementina, que me libres de esta duda tenebrosa

CLEMENTINA, sacando fuerzas de flaqueza.

Prométeme oirme con calma y sin incomodarte, y te contestaré...

ALFONSO

Que es verdad.

CLEMENTINA

Que el proyecto existe... que la Duquesa me habló, me encareció los grandes fines de esa institución... Yo asentí... en principio... Pero no te sulfures antes de oír... Me aterras, Alfonso... No puedo hablar... Desconozco esa dureza tuya... grande novedad en tu carácter.

ALFONSO, dominándose.

Te oigo tranquilo. Dejo á un lado la severidad. Sigue.

CLEMENTINA

Creí que comprenderías fácilmente, sin necesidad de explicaciones, los motivos de mi conformidad... en principio... con los planes de nuestra amiga la Duquesa de Cardaña. Respóndeme: ¿quién ha sido más partidario, más frenético partidario del casamiento de María Juana con Ruy Díaz: tú ó yo?

ALFONSO, con lealtad.

Los dos lo hemos deseado con igual ardor. Pero, si quieres, te concedo que haya sido yo el más frenético partidario... ¿Y qué? ¿La Duquesa nos vende el niño?

CLEMENTINA

La Duquesa no tiene voluntad. Su conciencia es una pobre esclava... Ni la madre ni el hijo, ambos excelentes, son dueños de sí. Sobre ambos impera la suprema gobernación de las almas... (Advirtiendo la eficacia de sus argumentos, se anima y entona.) ¿Crees tú que tenemos la boda definitivamente concertada?... ¡Pobre iluso! El mejor día podrá venir el señor de Cebrián y traernos un veto tan grande como esta casa. ¿Te gustará eso? ¿Verás tranquilo el ridículo que caerá sobre nuestro nombre, y la desesperación de nuestra hija?

ALFONSO, mudo, alclado: frío intenso penetra en sus venas.

¿Pero el Duque...? (Pausa: uno á otro se miran.)

CLEMENTINA

¿Crees tú que manda en sí mismo?

ALFONSO

¿Y la Duquesa...?

CLEMENTINA

¿Crees que manda en su casa como nosotros mandamos en la nuestra?

ALFONSO, sombrío.

Que mandemos nosotros en la nuestra... veo ya que es muy problemático. (Larga pausa. El Marqués del Castañar parece haber caído en un pozo.)

CLEMENTINA

Te has quedado mudo... ¿Qué piensas?

ALFONSO, desde el fondo del pozo.

Pienso y digo que hemos nacido en una miserable edad... (Nueva pausa. Con voz menos cavernosa.) Siento que me precipito en una sima profunda, y busco alguna rama á que agarrarme para no llegar á lo más hondo.

CLEMENTINA

Es terrible... ¿verdad?

ALFONSO, atontado

Lo que tengo que decir, no sé con qué palabras se dice. Doña Juana no ha muerto... Anda por ahí... Casandra no la aseguró bien.

CLEMENTINA, participando de la turbación de su marido.

Doña Juana vive... la he visto.

ALFONSO

Nos quita lo que nos dió, lo que no quería darnos.

CLEMENTINA

Lo que, contra su voluntad, vino á nuestro poder.

ALFONSO

Por obra de Casandra...

CLEMENTINA, aterrada.

¡Ay, Alfonso!... Oyendo lo que acabas de decir, un estremecimiento glacial ha corrido por todo mi cuerpo.

ALFONSO

Recobremos la serenidad... Y ahora te pregunto: ¿has hecho con la Duquesa ese trato... el trato de...?

CLEMENTINA

No he resuelto nada... Prometí decirte... No me atrevía... Ahora que lo sabes, decide...

ALFONSO

¡Decidir yo!... (Con gran desaliento y confusión.) No puedo... He perdido el criterio... La razón huye de mí. Siento que una mano invisible me arranca el entendimiento. Ya sospechaba yo que se van secando los entendimientos, como se han secado los corazones. (Levántase con movimiento de gran fatiga.)

CLEMENTINA, alarmada, viéndole como dispuesto á salir.

¿Sales?

ALFONSO

Sí... Me voy á la calle... a respirar, á dar unas vueltas... Me distraigo, ¿sabes cómo? Recorriendo calles, viendo gente, observando en los rostros de los transeuntes la estúpida indiferencia con que ve nuestra sociedad... esto... su propia muerte. (Clementina, también agobiada, le deja salir. Sola, continúa llorando.)

ESCENA VI

Despacho en casa de Baalbérith (Cebrián).

BAALBÉRITH; ISMAEL, que acaba de entrar.

BAAL, amabilísimo, después de los saludos.

¿Y Rosaura? (Ismael contesta que está buena.) ¿Y los niños?

ISMAEL

De salud, bien; de aplicación, regular. El mayor adelanta.

BAAL

¿Y aquella Corrita tan parlanchina y tan salada?

ISMAEL

Nos alegra la vida con sus monerías.

BAAL

Ya puedes estar contento, que si el Señor te colma de hijos, en cambio te los cria sanos y graciosos... ¿Cuántos tienes ya? Recuérdame, pues he perdido la cuenta.